

NÚM. VIII

CICERON.

(106) — 43 ANTES DE JESUCRISTO.)

Marco Tulio Ciceron, nacido en Arpino, de buena familia provincial, pero hasta entónces extraña á los elevados empleos de Roma, aplicó su fecundo ingenio á muy variados objetos. Empezó por los versos como acostumbraban *indocti doctique*; pero se ilustró poco en la poesia, á causa en parte de los malos temas que eligió, los cuales eran descripciones tales como *Pontio Gláuco* y el *Nilo*, ó didascálicos como *Los Prados* y la traduccion de los *Fenómenos* de Arato, ó bien históricos como *Mario*, y mas tarde su propio consulado. Habiendo vestido, á la edad de diez y seis años, la toga viril, estudió derecho en la escuela de los dos Escévolas, y mas aun, en los debates del Foro. Distrájose algun tanto de ellos con objeto de militar en la guerra de los aliados; pero muy pronto vuelve á Roma á escuchar á los filósofos y sofistas griegos de todas opiniones, que aflúan á ella como á una tienda. Despues que se hubo hallado bien instruido en el derecho y la política, que eran allí compañeros, y en los cuales tomó por modelo á los Romanos, sintió la necesidad de auxiliarse de la literatura griega, aprendida la cual, empezó su carrera de orador. Fogoso como jóven, arruinaba su salud y obtenia efecto, así que fué á viajar por Grecia y Asia para hacerse iniciar en los misterios eleusinos y para oír á los retóricos famosos, en atencion á que los maestros del pensamiento se habian reducido ya á maestros de la palabra. De esta manera corregido, atrajo sobre sí la admiracion de los Romanos, desplegando una fluidez cual convenia á la imponente gravedad de las formas exteriores romanas, así como la enérgica concision demosténica convenia á la impaciente y sutil vivacidad de los Atenieses. Pero para asegurarse aquella admiracion, no era suficiente hablar bien; mas para llegar á ser orador, le sirvió el perfecto conocimiento que tenia de las relaciones de los hombres, un exquisito sentimiento de la rectitud, la benevolencia para con los demas, el amor de los suyos, una laboriosidad portentosa, grande agudeza de ingenio, y añádase tambien, una buena

dote de imaginacion, por medio de la cual muchas veces contemplaba el presente y el porvenir con ojos apasionados.

Atormentado por el deseo de adquirir importancia política, recordaba que Mario, su paisano, habia alcanzado el supremo grado; pero este habia llegado á él arrojándose francamente en el partido popular, cosa que Ciceron, hombre nuevo como él, no se atrevió á hacer, antes al contrario, prefirió pedir auxilio á la aristocracia, inclinándose, en realidad, á establecer un termino medio entre las dos clases con el fin de reconciliarlas.

Dos grandes cuestiones se agitaban en la historia romana: la prevalencia de la aristocracia sobre la plebe y la de Roma sobre el resto de Italia y del mundo. El patriotismo á la antigua debia cifrar toda su virtud en conseguir estos dos efectos, oprimiendo á la plebe y á los extranjeros. Hacia ya tiempo que el verdadero patriciado, feroz y exclusivo, habia sucumbido á los lentos esfuerzos de los plebeyos, quienes, poco á poco, fueron adquiriendo, primero voz, y despues lugar en las magistraturas. Subsistia aun la diferencia en la propiedad, porque los nobles habian sabido allegar la mejor parte de los campos conquistados al enemigo y absorber, con las artes y las trabas, la pequeña parte que tocaba al plebeyo, que no pudiendo aplicarse á las artes mecánicas, quedaba reducido á la condicion de mendigo.

Las tierras conquistadas se dividian en tres partes: una que se dejaba á los indígenas, otra que se vendia á favor del tesoro, y la tercera constituía un dominio público que se subdividia en porciones, de las cuales se concedia, no la propiedad, sino la posesion á los ciudadanos con una tenue retribucion. Era como el sueldo del guerrero; pero los patricios sabian adquirirlo, despojando á aquellos con cuya sangre habia sido conquistado. Licinio Estolon pidió una reparticion mas equitativa, y lo mismo hicieron mas tarde los Gracos con las leyes agrarias, que no tendian á desposeer á los ricos de los dominios habidos, contra los cuales nadie

legalmente intentó; pero sí á hacer parte á todos en la distribucion de los campos conquistados, cuya pretension era tan justa que el Senado nunca se atrevió á negarla abiertamente, impidiendo tan solo su efecto con dolorosas artes y violencias.

Cuando Roma hubo domado toda Italia, extendió fuera de ella sus conquistas, y tuvo entónces necesidad de los brazos de todos los Italianos, los cuales, como ántes los plebeyos, no se prestaban si no eran recompensados con alguna parte de la autoridad soberana; pero la aristocracia de Roma tenia una profunda aversion y rechazaba resueltamente semejante mancomunidad de prerogativas, queriendo rehusar á todos la ciudadanía romana.

No valió la conciliacion que tentaron los Gracos con su poderosa palabra y por medio de la sedicion, no quedando mas medio que la fuerza. Sostuvo su provocacion Mario, hombre nuevo, del pais de los Volscos, acostumbrado á los campamentos y que se hizo jefe de la causa de Italia y de la democracia. Se le opuso Sila, campeón vigoroso del antiguo genio patricio, dedicado á asegurar la preponderancia de los nobles en Roma y de Roma sobre Italia, excluyendo toda pretension itálica; y como la aristocracia era vigorosa, porque estaba unida y provista de las formas legales, de modo que triunfó.

En estas guerras civiles cambia de naturaleza la pretension, no tratándose ya de repartir el *ager publicus*, sino atentando á los verdaderos patrimonios, no por legalidad sino por conquista. Algunas veces se consigue violentamente cancelando las deudas, compensacion injusta, en nada distinta de una expropiacion, de una quiebra legal; otras veces con la proscripcion que asesinaba al propietario para conceder á otros la posesion. Como se practicaba ya con los enemigos, así á los ciudadanos vencidos se les confiscaba el poder, se distribuía á los soldados y el nuevo poseedor sucedia al anterior en sus mismos derechos.

De esta manera cambiaron de dueño las posesiones: muchos pobres llegaron á ser poseedores; soldados iberos y galos ocuparon los campos de Etruria y del Mantuano, hasta que, cansados de reposo, vendian su parte, derrochaban el dinero y pedian nueva ocasion de conquistas. Destruida la seguridad de la posesion, andaba descuidado el cultivo y se pervertian las costumbres, y mudados los poseedores, pero no la naturaleza de la posesion, la condicion de la plebe no por eso mejoraba. Esta queria pan y se lo daban, no elevando á la clase entera, honrando el trabajo y proporcionando medios de ganancia, sino derribando á unos poseedores para establecer á otros nuevos, los cuales dejaban siempre tras sí á una multitud ansiosa de elevarse con iguales artes.

Pompeyo, sucesor de Sila, pero de mucha ménos fuerza, poseyendo, no la grande ambicion, sino la pequeña, llegó al primer puesto

de la República; pero sin saberse conservar en él. Hubiérase dicho que el partido popular no existia ya, cuando por el contrario, adquiria nervio y osadía y estaba apoyado por la opinion de aquellos que, ofendidos por las injurias de los silanos, miraban ménos siniestramente á Mario y mucho mejor que él comprendian la situacion de Roma y los derechos de Italia. Aun entre los patricios mismos existian muchos que comprendian no ser ya posible conservar aquella antigua é impenetrable unidad, y que era conveniente abrir las barreras á pueblos siempre nuevos. ¿Quién preveía entónces la única solucion grande y posible de aquella dificultad, solucion que fué dada por el Cristianismo?

Julio César, de ilustre cuna, pero que se habia agregado á la faccion popular, dirigia á este fin una mirada mas elevada y penetrante que ningun otro de su tiempo; pero reconociendo las dificultades de todo cuanto toca á las raices de un mal, estaba atento á las ocasiones, pronto á aprovecharse de ellas, como esperan todos cuantos abundan en tiempos de crisis y sienten la necesidad de un cambio sin saber de dónde ni cómo vendrá.

Las murmuraciones de los malcontentos habian sido aceptadas como esperanzas por Lucio Catilina, patricio, no solo de aquellas costumbres relajadas, que por ser tan comunes que no envilecian ante la opinion, si que tambien hombre de malvadas acciones, que la ley dejó impunes, porque sus muchos amigos y el estar la administracion de justicia en manos de los caballeros le aseguraban. Ministro de las crueldades de Sila, se hizo rico con ellas: mandó escribir en las tablas de proscripcion el nombre de su propio hermano y lo asesinó. Hizo sacar de un establo, donde se hallaba escondido, á Mario Gratidiano, hombre honrado, hizolo correr á palos por la ciudad, hasta que habiéndolo llevado en expiacion delante de la tumba de la familia Catulo, le hizo romper las piernas, arrancar los ojos, cortar las orejas, la lengua y las manos, y le cortó por sí mismo la cabeza, que llevó al dictador: con sus mismas manos asesinó á su propio cuñado y á muchos caballeros, y fué nombrado por Sila jefe de sus sicarios galos. Mujeriego perdido, sedujo á una jóven noble; corrompió á una vestal, cuñada de Ciceron; tuvo intrigas con la que despues fué su suegra, de la cual tuvo una hija llamada Orestila, con quien casó y que no tenia mas cualidad que ser hermosa, habiendo ántes arrojado lejos de sí á su hijastro y á la primera mujer. En su gobierno de África cometió tales vejaciones que fueron diputados á quejarse de ellas ante el Senado, y á los cuales *faltó poco* para que fuese hecha justicia. Si todo ello es verdad, ¿qué ciudad era aquella en donde un hombre semejante llegó á ser cuestor, pretor, estaba rodeado de amigos y disputaba el consulado con personas honorabilísimas?

Decimos si es verdad, porque quizá fué ca-

lumiado como todos los partidos que sucumben. « Como yo, decía Napoleón, si hubiese perdido en las tentativas del vendimiario y fructidor, » y porque, al fin, sus costumbres eran enteramente las de su tiempo. El mismo Cicerón que, para disculparse de la violencia, debía presentarlo como un malvado, casi lo disculpa al defender á Celio Rufo, pésimo sujeto, que mantenía relaciones con la lúbrica Clodia para obtener dinero de ella, y que trató después de envenenarla para deshacerse de una amante vieja y una acreedora importuna.

Si él hubiese obtenido el consulado, hubiera sido un golpe para la aristocracia, la cual por lo mismo con todas sus fuerzas se propuso estorbarlo. Pero de tal modo se hallaba esta trastornada que no se atrevió á oponerle ninguno de sus jefes, sino á un hombre nuevo, que habiéndose mantenido en equilibrio entre la plebe y los nobles, no debía encontrar una oposición muy viva, porque no era de temer un ataque por su parte: tal fué Marco Tulio Cicerón.

Había este dado sus primeros pasos sobre las huellas de Lucio Craso, el orador mas reputado de aquel tiempo, ardiente sostenedor del Senado contra los caballeros; pero que evitando el manifestar enteramente su pensamiento, se mantuvo en aquel justo medio que ayuda á seguir adelante, pero que no levanta á los altos puestos. Y en verdad, ¿cómo ponerse cordialmente al lado de la nobleza cuando esta no servía para nada? Cicerón lo conocía y comprendía el peligro de poner por jefe á Catón, tan diferente de fin y de medios del grueso del partido, y de humor tan intratable. Y á Catón ¿qué confianza debían inspirar las fracciones de aquel cuerpo en que sobresalía mas que ninguno? Tenía que escoger para consejeros é instrumentos entre viejos indolentes é inamovibles, despojados de todo sentido moral, de todo sentimiento de dignidad, y jóvenes violentos, cabezas ardientes, cuya sangre patricia ardía no ménos de orgullo que de liviandad. Los primeros habían empezado con la vida de los campamentos, y aunque vueltos á sus casas, los peligros de la República no les dejaban bastante tiempo para saborear las delicadezas de la civilización; mas tarde, cuando fué á encontrarlos la fortuna, cuando tuvieron á sus pies todos los goces del lujo, ignorantes como ántes, no vieron mas felicidad que imitar groseramente la sensualidad oriental. El cuadro que los contemporáneos nos presentan de los vicios y de las torpezas está sacado de la aristocracia, y del comportamiento de los Gabinios y de los Pisones se puede deducir el de los demás. Aun los hombres mejores, mas adelantados en civilización, no eran capaces de infundir á los gobernantes: fuese pereza ó preocupación, nada comprendían de lo que la época requería.

En tiempo de los Escipiones y de los Flaminius, cuando los grandes se nutrían de la política de Polibio y de la filosofía de Panecio,

pudo ser y fué cosa buena y fecunda para el carácter romano importar la civilización griega; pero el destino de la estirpe predominante prevaleció sobre todo; cada generación se hizo de mas en mas guerrera; las costumbres de los campamentos destruyeron ó viciaron las enseñanzas de la escuela. Los que pasaban por amantes de la bella literatura, no buscaban en ella los goces intelectuales, las sencillas y tranquilas satisfacciones del verdadero literato. Los gustos de Cicerón, aunque separado de aquella sensualidad que mata el corazón junto con la inteligencia, eran mas que refinados; pero Lúculo y el orador Ortensio, que no era inferior á Cicerón, docto y espiritual, abogado y controvertista notabilísimo, se dedicaron mas á rebajar que á realzar los gustos liberales por ellos ostentados. Lúculo, anticipándose á su siglo, abriendo y cerrando su biblioteca y su galería, creándose mas envidiosos que reconocidos, nos parece á primera vista un hombre magnífico, mucho mas grande en sus ideas que los pródigos vulgares que groseramente compran los favores del vulgo. Pero no consistía todo en esto, pues aquellos de sus amigos que lo veían mas de cerca, sabían lo que valía, el poco caso que hacía de los que parecían ociosos, siendo realmente activos. Separado de la vida política en sus últimos años, ocupó todo el resto de su energía en refinar el lujo de la mesa hasta formar escuela entre sus iguales.

Los nombres mas encumbrados de Roma patricia se hallan en los escritores de las siguientes edades asociados á las invenciones mas extravagantes de que pueda ocuparse la imaginación de los ociosos: un Gabino, un Celio, un Craso eran inmortales por su gracia en bailar; Ortensio y Filipo eran estimados entre ellos, no por su elocuencia, por su valor ó probidad, sino por los ricos viveros que poseían, en los cuales engordaban especies singulares de peces: saltaban de contento (su mortificado panegirista lo dice) cuando poseían salmonetes barbados y cuando habían acostumbrado á aquellos mudos esclavos á reconocer la voz de su dueño y acudir á recibir de sus manos el alimento.

Cicerón no se alió resueltamente con la aristocracia, sino que trató de conciliarla con la plebe y los nobles recientes; elogió á Mario, defendió á Roscio Amerino de un liberto de Sila; patrocinando á Aretina justificó las pretensiones que las ciudades italianas ostentaban á la ciudadanía romana, contra la ley del dictador que les excluía de ella, y acusó violentamente á Vérres, protegido por toda la aristocracia. Pero no por esto la hacía su enemiga, ántes por el contrario, cuando el tribuno Manilio propuso que se diese á Pompeyo, ídolo de la clase elevada, á mas del mando de la guerra marítima, el del ejército que peleaba contra Mitrádates, Cicerón, con una de sus mas estudiadas arengas, favoreció la hechura de los patricios: es verdad que tenía por sostenedor al popular César, al

cual convenia establecer el precedente de confiar muchos ejércitos á un solo capitán. Con tales artes Cicerón se conservó en la gracia de todos, adquirió muchos amigos, mucho dinero y bienes, y gastaba con profusión. Hasta se preparaba á defender á Catilina de una acusación de peculado, con el fin de tenerlo de su parte en la pretensión del consulado, y rehusó patrocinár á un amigo suyo contra un deudor de mala fe, porque este podía serle útil en la sublevación. Así, pues, pareció hombre poco temible y obtuvo la preferencia para ser cónsul.

Catilina con la exacerbación de una esperanza desvanecida, arrojóse á partidos extremos, viéndose interceptada la vía legal; estrechó y extendió sus relaciones, no solo en Roma, sino en toda Italia, con los poseedores que Sila había expropiado á beneficio de Roma, con los campesinos de Etruria arrojados por los nuevos colonos, y trabajaba para derribar la tiranía común. Cicerón, que no lo perdía de vista, tuvo noticia de sus manejos, y como que la constitución no le permitía prender á tantos ciudadanos, propuso reducir á Catilina á tal extremidad que la mina tuviese que estallar ántes que estuviese completa. Para ello arma á los caballeros, convoca urgentemente el Senado, él mismo comparece á él con coraza y arroja contra Catilina, que ocupaba su asiento entre los senadores, un apóstrofe violentísimo. Aturdido Catilina del golpe y de ver descubiertas todas sus tramas, no sabe hacer otra cosa mejor que salir furibundo exclamado: *Yo apagaré este incendio bajo las ruinas de Roma.*

Corre, pues, á sublevar toda Italia, en donde estaba ya preparada la trama: mientras que se dirige á Etruria, se sublevan el Abrucio y la Apulia, hacen otras tentativas sobre el Alobroges; pero conspiración descubierta está medio vencida. Marco Tulio tiene en su mano cuanto basta para poner en acusación á muchos ciudadanos principales, y aunque César sale á su defensa, los hace condenar y ejecutar inmediatamente. Con la prontitud, que da siempre á un gobierno establecido ventajas contra una improvisada insurrección, su colega Antonio sorprende al ejército improvisado agrupado en derredor de Catilina en Etruria, y este, ó confiado en su fortuna, ó desesperado, aun cuando no había reunido mas que una cuarta parte de sus partidarios, acepta la batalla y combate como un héroe hasta la muerte.

Con su caída todo desaparece y no queda en el pueblo mas que aquel vago terror que acepta las habladurías y los asertos como hechos indudables, y que hizo creer cuanto se quiso á aquella chusma de viciosos, deseosos tan solo de exterminio y saqueo. Cicerón fué saludado como salvador de la patria, y no obstante, la patria, de la cual quedaba campeón, perecía. César, avergonzado de la duda de haberse mezclado con aquella escoria, pero salvado por la importancia que ya había adquirido, prosiguió la obra en que habían aquellos fracasado; pero

con artes mas extensas y generosas: muy pronto hizo publicar una ley agraria, yendo después á las Galias á adquirir gloria y fuerza con que oprimir á la aristocracia.

Salustio, hombre desordenado, tomó aquella conjuración por tema de una narración en donde formular máximas y palabras antiguas y un poco de hastío hacía Cicerón, sin que por otra parte revelase las verdaderas causas por las cuales aquel, según decía, conventículo de hombres depravados hubiera podido llegar á ser peligroso á la República.

Inmenso fué el entusiasmo de Roma salvada, que aclamó á Cicerón por *padre de la patria* y le levantó estatuas; pero él mismo, repitiendo continuamente sus alabanzas, llegó á hacerse fastidioso: la libertad se asustó del poder que le había dado en un momento de terror, durante el cual había él dispuesto de tantas vidas; las iras, provocadas y ocultas, volvieron poco á poco á manifestarse, y cuando al dejar el consulado, se preparaba á dar cuenta al pueblo, el tribuno Metelo le quitó la palabra; pero él exclamó: *Juro haber salvado la patria*, y un grito universal repitió: *Juramos que dice verdad.*

Otra especie de Catilina fué Clodio, patricio también de malas costumbres, que había ofendido el tálamo de César y los misterios de la diosa Bona. Cicerón lo acusó; pero él sabía el modo de salvarse, y después de haberse valido de los patricios sus compañeros para quedar absuelto, preparaba la venganza haciéndose adoptar por una familia plebeya, llegando de este modo á ser tribuno de la plebe: ganó á esta con leyes generosas y á los cónsules prometiéndoles pingües gobiernos, y publicó después una ley contra quien hubiese dado muerte á algun ciudadano sin procesarlo.

Conoció Cicerón que el golpe era dirigido contra él y se dió por perdido; lloró delante del Senado que solo pudo compadecerlo; Pompeyo, al cual había sostenido, lo recibió friamente, no desagrándole ver derribada aquella segunda cabeza aristocrática. Hubiera podido Cicerón reunir también una tropa de revoltosos, y recurrir á aquellos medios y asechanzas que había reprochado á Catilina; pero sus amigos le persuadieron que cediese mas bien á la tormenta: hizo así y se sustrajo al juicio, como era lícito á los ciudadanos romanos, yendo desterrado á Tesalónica. Por el camino oye que Clodio había incendiado su casa y sus quintas, que había ultrajado á su familia y su nombre: desanimase y llora como una mujer, desea morir y protesta que quiere matarse: nuevo modo de dar que hablar de sí cuando teme que el mundo lo olvide.

La vanidad era, si no el fondo, á lo ménos el embarazo continuo del carácter de Cicerón, pero era aquella mezquina vanidad que deja algunas veces deprimir su propia dignidad con tal que se eleve la fama; que siente la amistad, pero que se vanagloria de

ella como de una cualidad extrínseca; que ama á la patria, pero que disminuye los servicios prestados exagerándolos, ó á lo ménos repitiéndolos; que quiere hacer beneficios, con tal que se le permita hablar de ellos, y si es necesario echarlos en cara á los ingratos; que ama la verdad, con tal que no le ofenda, y hasta rodea el estilo de tanta pompa, que obliga al lector á decir: *¿qué grande ingenio tiene este hombre!* Á esta vanidad son debidas sus vicisitudes, á ella en parte su grandeza, porque ella le llevó al estudio y á la accion.

Sus amigos lo habian olvidado en el destierro, y por otra parte sus enemigos excluían ó eludían toda proposicion de volverlo á llamar; mas habiendo ofendido aquellos á Pompeyo, este, para contrariarlos, se unió á la cuasa de Ciceron, buscóle por toda Italia un numeroso partido á cuya cabeza colocó á Tito Annio Milon, otro patricio revoltoso. Compareció este en el Foro con una comitiva de bravos, los cuales combatieron á las hordas de Clodio, las alejaron con derramamiento de sangre é hicieron decretar por las centurias el llamamiento de Ciceron, que vuelve á su patria en triunfo; pero sea por la jactancia de ello, ó por alguna imprudencia, se enemista con Caton y otros de aquellos á quienes él llamaba hombres honrados; mas, léjos de cambiar de tono, habiéndole persuadido su vanidad de que solo él tenia razon, llama chocho al pueblo y dice: « Ya que » no puedo hacerme querer de los que nada » pueden, haré que me quieran aquellos en » cuyas manos está el poder. »

Consiguiente á esta amenaza se reconcilia con César y hace decretar dinero y públicas preces para la expedicion de este á las Galias y prolongarle el mando; por condescendencia á Pompeyo, defiende á Vatino y Gabinio contra los cuales habia compuesto violentas diatribas; patrocina á Domicio y á Escáuro, mientras que escribe á Ático: *Que muera yo si sé cómo sostenerlos.* ¿Cuánto debia sufrir su vanidad al verse reducido á parte tan secundaria! la compensacion no fué mas que algun billete cortés de los potentados, la dignidad de augur y despues el proconsulado de Cilicia. Siendo allí el primero y único, se condujo bien y sabiamente, y habiendo hecho una pequeña guerra contra los montañeses del Amano, pudo obtener el título de emperador y el triunfo.

Ciceron, dice Merival, tenia un plan político bien combinado y lo siguió toda su vida con la firmeza ilustrada de un hombre de fuerte voluntad. Muestra hácia las clases de que se habia constituido defensor un interes, un afecto que es la parte mas bella de su carácter: atendió constantemente á elevar las clases medias, única garantía, segun él, de la integridad de la constitucion. Trabajó en desviar todo pretexto de conflicto entre patricios y plebeyos, entre Romanos é Italianos, entre vencedores y vencidos en las últimas guerras civiles. Su línea política no fué como la de su jefe Pompeyo,

torcida por la ilegítima esperanza de sobreponerse á las leyes que aplicaba ó defendia, porque su ambicion noble y legitima no veia nada mas allá de los primeros honores posibles en la constitucion. Llegó á ellos por medio del consulado, cargo supremo del Estado, y aquel fué tan fecundo é insigne como el primero que recuerde la historia romana. Los celos de sus colegas y el egoísmo de su primer patrono cortaron aquella carrera, tan noble al bien general. Embriagado por la felicidad, facilmente olvidó cuán extraordinaria y precaria es la fortuna; su vanidad puede llamarse el secreto de su caída. Los nobles desearon probar al mundo la debilidad original de cualquiera que, aunque notable, se halla desprovisto de nacimiento y dinero, y Pompeyo, eligiendo á Ciceron por víctima de su cólera, quiso ostentar su propio poder y desafiar al Senado, al cual no se atrevia á descargar golpes de aquellos que llegan hasta la carne viva (1).

No responde á estos elogios la conducta de Ciceron, hombre de equilibrio y por lo mismo llevado ya aquí, ya allá, mayormente cuando los tiempos se hacian mas turbulentos á causa de las guerras civiles. En ellas pedia la plebe participar de los derechos de la nobleza, y de los premios exteriores los conquistados querian tambien formar parte de la ciudad y ser iguales á su conquistadora, ya que no le eran inferiores en armas y civilizacion, y si bien la insurreccion no hizo mas que proporcionar nuevos triunfos á Roma, su consecuencia fué obtener toda Italia el derecho de ciudadanía, que tambien pretendian las provincias de todos los países. Durante la guerra civil, semejante movimiento parecia absorto en las facciones y no obstante los partidos buscaban apoyo en las naciones, conociendo que su ensalzamiento provendria de destruir á Roma ó de merecer sus privilegios. Vimos á Mario sostenido por toda Italia y á Catilina pedir auxiliares en Etruria y entre los Alobroges. El efecto apareció mas evidente bajo César, cuando vinieron en tropel Galos é Iberos á poseer á Italia. De este modo se preparó el imperio, durante el cual los extranjeros defendieron, los extranjeros reinaron, y Roma no fué mas que la ciudad del universo. Así debió perecer aquel estrecho patriotismo, que era la primera virtud de las antiguas repúblicas y fundamento de todas sus instituciones.

Preveían y querian prevenir tales efectos aquellos patriotas romanos que la escuela nos ha pintado como republicanos y liberales contra César tirano. Habia en ambas facciones no pocos hombres de una regular habilidad práctica, acostumbrados á la vida de los campamentos y á los usos del Foro; pero, excepto César, no habia ninguno de genio iniciador, que comprendiese bien los tiempos y lo que ellos requerian. En aquella época crítica el pueblo

1) *Roma bajo los Emperadores.* Londres, 1850.

romano tenia necesidad de un guia de muy distinto temple, de otra prevision que Ciceron y Pompeyo, administradores realmente capaces y nada mas; pero incapaces de alcanzar el sentido ó evitar el mal de la revolucion de Sila, revolucion que habia truncado los progresos naturales de una reforma reclamada por la extension dada á la ciudadanía romana, que habia quitado las barreras de una constitucion sin bases, sin razon de existencia ni actualidad de costumbres.

Habíase verificado un cambio notable en las ideas y tendencias del pueblo, adherido todavía tenazmente á aquellas formas políticas, á las cuales faltaba su aliento vital. Importantes y rápidas conquistas abrian á cada uno el camino de la fortuna; los deseos ya no tuvieron límites; crecian cada año las locas prodigalidades del antecedido. Cuando murió Sila, la casa mas magnífica era la del cónsul M. Lepido, y en los treinta y cinco años siguientes se alzaron á lo ménos cien que superaban á aquel viejo palacio. Igual fué la progresion en riquezas territoriales, esclavos, clientes, plata, alhajas y todo género de objetos de lujo: el enorme interes del dinero probaba que las nuevas salidas abiertas al espíritu de empresa superaban hasta el rápido aumento de las fortunas. Podía decirse que se abrian otras tantas ricas minas de oro al que era bastante rico para comprar terrenos, pues que el precio de adquisicion era nada comparado con los beneficios que producian; pero prosperase ó sucumbiese el especulador, el usuario hacia una fortuna de príncipe con toda tranquilidad. Separando las miradas de un pasado estéril, devoraban un porvenir que prometia una felicidad sin límites: los hijos se reían de los mezquinos pensamientos de sus padres y hasta de las ideas de su primera juventud. Una, dos veces en cada siglo, cuando cae un gran poder espiritual, la fantasia humana se engrandece en proporciones gigantescas. Cada generacion, como la nuestra, ha visto desarrollarse la industria extraordinariamente y multiplicarse al infinito la mecánica: cualquiera que haya observado cuánto se precipita la imaginacion en presencia del camino recorrido, desdeñe y empequeñezca lo pasado, admire complaciente lo presente y se anticipe al porvenir, comprenderá qué es lo que debia ser el espíritu publico en Roma en aquellos tiempos de agitacion social y delirio popular.

Cuando una nacion está tan embriagada de ardientes aspiraciones, busca en ausencia de un fin bien determinado una compensacion necesaria en la direccion de un jefe que tenga ideas mas precisas y accion mas resuelta; quiere un héroe para aplaudirlo ó para seguirlo en su triunfo, dispuesta á aceptar el primero que se presenta. Mario, Sila y Pompeyo recibieron alternativamente este homenaje: los dos primeros apenas duraron una generacion, y el último engañó á sus admiradores, cuyo horizonte político no podia ensanchar. Ciceron, con su

elocuencia y actividad, deslumbró por un momento á la imaginacion popular; pero por desgracia suya no poseía la inteligencia que lleva á un pueblo adelante. Saludáronlo los Romanos como padre y salvador de la patria, nuevo Rómulo, nuevo Camilo; pero eran accesos de aquel entusiasmo pasajero por el pasado, traslados momentáneos de las opiniones á los primeros fundadores y conservadores de la República, pues que los espíritus estaban ocupados única y constantemente del porvenir, y hasta el momento que el genio de César los iluminó y se reveló por la rapidez y energía de su accion, no habian reconocido en ningun otro pretendiente al verdadero capitán, al verdadero legislador, al profeta del siglo (1).

Pero ni el mismo César tuvo perfecta conciencia de su propia mision niveladora: sus contemporáneos no preven los efectos de ella; los inmediatos sucesores de César tampoco los descubren, y ¿qué mas? la sublime filosofia reduciase, durante el Imperio, á admirar las antiguas virtudes romanas. Realmente, el que reconoce la libertad mas bien en los nombres que en las cosas, debe considerar á César como el matador de la libertad romana, estar de acuerdo con los que protestaron contra su tiranía y admirar á sus asesinos.

Pero César era grande, de inteligencia superior, de grandeza de alma mas que humana. ¿Qué entusiasmo inspira á su ejército! uno de sus soldados al intimársele la rendicion contesta: « Los soldados de César están acostumbrados á dar la vida á los otros; pero no á recibirla de nadie, » y se mata, lo mismo que aquel soldado de otro César que moria exclamando: *La guardia muere; pero no se rinde.* Como escritor, ¿quién iguala á César? rápido en su estilo como en sus empresas, halla la elegancia, no la busca; no tiene combinaciones preparadas, ni efectos calculados, sino espontáneo todo, todo de primera intencion. Es leído con mayor respeto que los demas historiadores, y domina la limpieza de su estilo, la vivacidad de la pintura, la expedicion de la narracion y la sencillez, que realiza su grandeza.

Así que aquellos que respetan los derechos del genio principiaron á vacilar en condenarlo. Vinieron despues las consecuencias á pronunciar su juicio sobre las causas, y apareció que César conducia al pueblo á la adquisicion de la propiedad y las naciones bárbaras á la adquisicion de la igualdad de derechos; y que en suma, él era el instrumento de un progreso providencial, preparacion de lo que debia ser cumplido por otras manos; pero manos inermes.

¿ Con cuánto gusto se buscaria en Ciceron la historia de las opiniones contemporáneas acerca de una guerra civil, cuyas causas y vicisitudes son arduas de explicarse aun por su misma posteridad! pero sus juicios son demasiado apasionados, mezquinos y varios segun el viento.

(1) MERIVALE, op. cit.